



CRÍTICA DE LIBROS:

Johnson, L. K. (2007): *Handbook of intelligence studies*, London, Routledge;
ISBN (13): 9780415770507

Gustavo Díaz Matey¹

Investigador UNISCI, Universidad Complutense de Madrid

Copyright © UNISCI, 2009.

Las opiniones expresadas en estos artículos son propias de sus autores, y no reflejan necesariamente la opinión de UNISCI. *The views expressed in these articles are those of the authors, and do not necessarily reflect the views of UNISCI.*

Este volumen es interesante por que pone de manifiesto una de las mayores limitaciones de los estudios de inteligencia, la predominancia del punto de vista anglosajón. El hecho de que sólo dos de 27 colaboradores en el volumen sean de otra nacionalidad distinta de la estadounidense o la británica ya es significativo. Lo que nos hace correr el peligro de conformarnos con lo que se nos cuenta. “Claro, como los americanos saben mucho de esto”. La matización de que se analiza el caso estadounidense y sólo el caso estadounidense, brilla por su ausencia. Aunque bien es cierto con que basta leer el primer párrafo de cada contribución para que sea obvio.

Así, como bien afirma Peter Gill el desarrollo del debate teórico desde “otros puntos de vista” no sólo aporta nueva sabia a este tipo de estudios, reavivando debates estancados y fomentando otros nuevos. En última instancia este tipo de contribuciones permitirán a medio plazo poder extrapolar conceptos y aproximaciones, lo que en ciencias sociales contribuye al crecimiento teórico ya que permite la validación externa de las hipótesis. Las contribuciones teóricas son necesarias y constituyen los cimientos sobre los que se asientan los estudios de inteligencia. En un tema como el de los estudios de inteligencia no valen las medias tintas. Otra lectura de este mismo argumento, es la falta de rigor académico y reflexión en los estudios de inteligencia fuera del mundo anglosajón, con permiso de la escuela francesa; a pesar de la opinión de David Kant, los estudios de inteligencia no gozan de tan buena salud en el Continente. Sin embargo, a pesar de lo que pudiese parecer esta una ventaja que cuentan los investigadores y académicos que intenten desarrollar los estudios de inteligencia desde perspectivas distintas a las anglosajonas. El contar con una senda abierta, el poder aprender de los errores de otros. Ya que si bien es cierto que este volumen analiza las cuestiones

¹ Gustavo Díaz Matey es Investigador del Centro de Investigación UNISCI.

Dirección: Departamento de Estudios Internacionales, Facultad de Ciencias Políticas y Sociología, UCM, Campus de Somosaguas, 28223 Madrid, España. *E-mail:* gdiazmat@cps.ucm.es .



principales en lo que a los estudios de inteligencia se refiere. Sin embargo, lo hace de manera irregular.

El libro se divide en una introducción, seis partes diferenciadas, tres apéndices y una bibliografía, que en conjunto, ciertamente representan los principales debates en lo que a los estudios de inteligencia se refiere. En este sentido, esta contribución si es un “libro de cabecera” para entender la inteligencia. El problema principal que presenta el libro es la falta de unidad en los conceptos y definiciones que usa cada autor. En este sentido cuando el lector llegue a la página trescientos sesenta y seis tendrá que decidir qué es lo que entiende por inteligencia, basándose en los diferentes usos de los autores. Ya que si bien el editor nos advierte, en la introducción, que quiere comenzar el libro con lo que significa el término inteligencia, no nos indica que los conceptos sobre los que se basa son relativos y están sujetos a debate. De este modo, en primer lugar, si bien el secreto es un elemento importante del término inteligencia, este no constituye la esencia del término y su grado de aplicación varía dependiendo de los sujetos, el tiempo y las circunstancias. Otros elementos que se dan por supuestos en la introducción también están sujetos a profundos debates e incluso son aplicados de formas muy distintas fuera del ámbito estadounidense. Un claro ejemplo es la clasificación del contraterrorismo como una misión subsidiaria de la contrainteligencia.² Lo que una vez más claramente puede llevar a equívocos. También se echa de menos una referencia a la distinción entre lo que se entiende por inteligencia desde el ámbito militar y el civil. Por último, el editor debería haber consensuado o impuesto esta definición a los contribuidores del libro, ya que si en la misma introducción el editor es consciente de que una finalidad de este volumen es servir de guía, el mapa que utiliza es confuso. Argumentemos esta idea desgranando las distintas partes de este libro.

La primera parte de este volumen hace referencia a las distintas aproximaciones a los estudios de inteligencia, con cuatro contribuciones. La primera de Michael Warner acerca de los métodos y fuentes a las que pueden recurrir los historiadores para realizar sus investigaciones, realizando una interesante distinción entre investigadores internos (que representan la visión oficial del sistema) e investigadores externos al sistema (los cuales representan aproximaciones más críticas) las dificultades para estos últimos son más importantes, en muchos casos sus contribuciones también. Es interesante la idea que plantea el autor acerca de este tipo de estudios, “sea como fuere, la inteligencia no es ni una gran conspiración, ni una gran panacea, es simplemente una herramienta de soporte más.”³ La segunda contribución se basa en la aproximación estadounidense a los estudios de inteligencia y su autor J. Wirtz desgrana diversas características de la Comunidad de Inteligencia estadounidense, que como muy bien indica pueden ser extrapoladas a otras comunidades de inteligencia. Sirviendo como hemos dicho de senda, y como elementos de comparación sobre los que basar las validaciones externas de los conceptos para su posible universalización. En el tercer capítulo cuando Rhodri Jeffreys-Jones desgrana de una manera certera la historiografía del FBI, como una agencia de inteligencia interior y como una agencia policial federal, se pasa por alto que el lector no tiene por que ser consciente e incluso puede confundir entre inteligencia como tal y labores de información policiales. Para comparar, en cualquier aspecto de las Ciencias Sociales, es necesario encontrarnos en la misma línea de análisis ya que de lo contrario las conclusiones de esos esfuerzos sean banas. Muchos países no tienen esa federación de agencias como lo tienen los Estados Unidos. Sin embargo, la aportación de este autor es importante ya que sirve una vez más de guía a los posibles interesados en realizar estudios en otros cuerpos de seguridad de otros Estados, dejando

² Johnson, L. K. (2007): *Handbook of intelligence studies*. London, Routledge, p.3.

³ *Ibid.*, p.26.



constancia de los principales impedimentos que limitan este tipo de estudios, ya sean de carácter ideológico como de carácter cultural. El cuarto y último capítulo de esta primera parte es el que más desconcierta al lector. Su título la ética en inteligencia. Es curioso como Michael Andregg afirma en el primer párrafo de su contribución que “para vencer a los terroristas es necesario mejor que ellos”⁴ Esto no sólo no tiene porque ser cierto sino que confunde al lector. ¿Es qué la inteligencia se centra únicamente en la amenaza terrorista?. Inmediatamente después el autor entiende que hay cinco tipos básicos de profesionales de la inteligencia, entre los que se encuentran los decisores políticos. ¿Es qué el editor no había dejado claro que la inteligencia consistía en una herramienta para la ayuda de toma de decisiones tanto políticas, como militares?. Es cierto que M. Andregg trata de cuestiones interesantes, pero profundizando, todas se basan en ejemplos y casos estadounidenses de difícil aplicación y extrapolación fuera del ámbito anglosajón y de la llamada Guerra contra el Terror. En este sentido, este capítulo no sólo lleva a contradicciones internas dentro del volumen, también puede llevar a error al lector.

En la parte segunda de este libro se trata la evolución de la inteligencia moderna. Así la contribución de Ian Leigh, comienza analizando el debate que echábamos en falta en la Contribución de Rhodri Jeffreys-Jones, sobre la diferencia entre inteligencia interna e inteligencia externa. No podemos precisar con exactitud si es intención del autor irnos resolviendo las incógnitas desde método deductivo, pero lo cierto es que para los no iniciados la falta de linealidad puede ser un obstáculo. Lo que deja claro esta contribución es que uno de los mayores desarrollos de los estudios de inteligencia se ha debido a la evolución de la supervisión de las actuaciones de la inteligencia, que en la mayoría de las ocasiones son debidas a los fallos y abusos de la misma. El siguiente capítulo de este libro, la contribución de Peter Gill, desconcierta en su ubicación. ¿Cómo puede ser que un capítulo de tanto calado como este esté situado en la evolución de la inteligencia moderna? Cuando la idea principal es la necesidad e importancia de desarrollar estudios comparados, más allá de las perspectivas anglosajonas, con el fin de poder validar conceptos.⁵ Bajo mi punto de vista, esta es una de las principales contribuciones de este volumen ya que tiende una mano a aquellos investigadores fuera del ámbito anglosajón a investigar con el fin de comparar: “Even if we are contemplating a single agency or country case study, our work should be theorised so that it will be of most use to other scholars embarking on comparative work”⁶ Como bien afirma el autor, comparar implica, conceptualizar. Establecer elementos susceptibles de comparación y para lo cual la reflexión y el debate son primordiales. Este capítulo no sólo se consolida como clave en este volumen, sus argumentos también constituyen la principal justificación para las carencias del volumen. Si no hay con que comparar para triangular y validar es por que los estudios de inteligencia fuera del ámbito anglosajón están relativamente poco desarrollados. La siguiente contribución de Wolfgang Krieger, es la que más se sitúa dentro del marco de esta segunda parte, la evolución de la inteligencia moderna. Es cierto que es un estudio de un caso en particular interesante, el patronazgo estadounidense de la inteligencia alemana tras la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, como hemos dicho, en un libro de cabecera como este, no todo vale, si bien es un buen ejemplo, hay muchos más ejemplos igual de relevantes, y en concreto este no cumple la labor de divulgación acerca de lo que es un servicio de inteligencia, entendido como una burocracia, con una división de funciones y bajo intereses particulares.

⁴ *Op. cit.*, p.52.

⁵ *Ibid.*, p.85.

⁶ *Ibid.*



En esta situación tenemos que enfrentarnos a la parte tres y cuatro ambas relativas al ciclo de inteligencia y que constituyen el punto fuerte de volumen.

La organización y elección de los temas es oportuna, ordenada y clarificadora. Cuando se afirma que los estudios de inteligencia anglosajones tienen predilección por el ciclo de la inteligencia, no es en vano. En el capítulo ocho Jeffrey T. Richelson describe el uso de las fuentes técnicas de forma sucinta hasta el final del siglo XX, pero se echan de menos ejemplos más actuales y un mayor énfasis en la diferencia entre capacidades e intenciones, clave en este siglo XXI. La siguiente contribución de Frederick P. Hitz nos acerca al uso de fuentes humanas en inteligencia, una vez más desde el punto de vista estadounidense. El siguiente capítulo de Robert David Steele trata sobre las fuentes abiertas, entendidas como la tercera fuente de recogida de información. Este capítulo presenta dos limitaciones importantes. En primer lugar, que ya lo hemos visto. Este capítulo no aporta nada nuevo a las ideas tradicionales de Robert D. y en segundo lugar, vuelve a romper la lógica de la coherencia interna del volumen, ya que si bien el editor afirmaba en la introducción que el secreto era elemento esencial de la inteligencia, este autor deja claro que no lo es.⁷ La siguiente contribución, por Paul Pillar habla de adaptar la inteligencia a las cuestiones cambiantes. El título no podría estar mejor elegido, incluyendo la palabra “adaptar” y las conclusiones no podrían ser más reveladoras. Los conceptos, como ya ha apuntado Peter Gill y anteriormente Michael Warner son importantes, y por tanto adaptar, no es lo mismo que reformar ni mucho menos que transformar.⁸ Este debate es uno de los principales hoy en día en lo que a los estudios de inteligencia se refiere, y también es uno de los peor entendidos fuera de la comunidad de inteligencia estadounidense.

Sin embargo una vez más vemos que el editor no ha velado por la coherencia interna en lo que a clasificación conceptual se refiere. A la hora de describir las disciplinas de recolección, la clasificación de Paul Pillar es distinta de la de Jeffrey T. Richelson, y por tanto al lector le puede llevar a equívocos.⁹ El siguiente capítulo, el duodécimo, completa de una forma notable la contribución de anterior ya que Minh A. Luong analiza los desafíos de la inteligencia económica desde el punto de vista del Estado, con una especial distinción entre inteligencia económica y espionaje económico. Sin embargo, una vez más el debate es mucho más profundo y de mayor calado, ya que no hace referencia al uso de la inteligencia económica por parte de actores no estatales y la palabra interés nacional brilla por su ausencia. Incluso cuando es un concepto clave en el debate del uso de la inteligencia económica por parte del Estado. La parte cuarta, como ya hemos apuntado trata también del ciclo de la inteligencia, en concreto de la análisis y la diseminación. Una vez más subrayar la claridad que aporta para el lector esta distinción, pero también es necesario hacer referencia de la falta de adecuación de este “ciclo de inteligencia” en servicios más reducidos que la Comunidad de Inteligencia estadounidense. A ciencia cierta, en muchos servicios más “modestos” la distinción entre el recolector, el analista, y el que difunde la inteligencia al encargado de tomar decisiones no está tan clara y en ocasiones, simplemente, tal distinción no existe.

Volviendo a la descripción pormenorizada de cada contribución, la parte cuarta comienza con un interesante texto de Jack Davis, donde introduce en el volumen el término alerta estratégica y analiza de forma sobresaliente la inteligencia como herramienta para prevenir sorpresas estratégicas y reducir la incertidumbre. Presentando hasta nueve

⁷ *Op. cit.*, p.134.

⁸ *Ibid.*, 159.

⁹ *Ibid.*, 158.



recomendaciones para mejorar esta capacidad en la Comunidad de Inteligencia estadounidense. Este tipo de aportaciones son interesantes y sirven de ejemplo, sobre las distintas alternativas para adaptar la inteligencia a los nuevos requerimientos del siglo XXI. Sin perder nunca de vista que no todo es intercambiable y que cada realidad impone reajustes y pruebas a corto y medio plazo. La siguiente contribución, de Richard L. Russell, analiza la importancia de la fusión de todas las fuentes de inteligencia para conseguir una mayor eficacia. El principal problema, una vez más, la falta de coherencia conceptual del volumen. Ya que, innecesariamente el autor contradice al editor al afirmar que la inteligencia es básicamente información. Incluso se atreve a usar los términos como sinónimos. “Intelligence or information comes from a variety of clandestine sources...”¹⁰ Pues, sintiéndolo mucho, ni toda la información es inteligencia, ni toda la inteligencia proviene de fuentes clandestinas. Una vez más cuando el lector había quedado desconcertado, Stephen Marrin en el capítulo quince sale a su encuentro con una importante matización. La inteligencia no es cualquier tipo de información. Es información procesada (convertida en producto) relevante para el encargado de la toma de decisiones. Esta contribución devuelve al lector luz sobre el proceso del análisis de inteligencia, sobre su función y sus peculiaridades. Así, como bien apunta el autor y complementándose magníficamente con la distinción del editor en la introducción, entre misterios y puzzles, el análisis de inteligencia se basa en informaciones fragmentarias, provenientes de diversas fuentes por lo que el verdadero *arte* de la inteligencia es usar el método científico para conseguir, con imaginación, empatía y rigor un producto que se ajuste a las necesidades del encargado de tomar decisiones. En la siguiente contribución John Hollister Hedley nos presenta el análisis de inteligencia desde una clasificación de las fuentes de inteligencia que, curiosamente, no coincide ni con la clasificación de Jeffrey T. Richelson, ni con la de Paul Pillar por lo que una vez más queda de manifiesto la falta de unidad interna de los conceptos de “este libro de cabecera” aunque, en este punto comenzamos a dudar nuestro argumento para comenzar a preguntarnos si el editor no habrá, conscientemente, permitido estas discrepancias, con el fin de poner de manifiesto la falta de acuerdo conceptual en este campo. De ser así, no puedo más que reafirmar mi opinión de la necesidad de un rigor conceptual, como herramienta clave en el avance teórico de los estudios de inteligencia.

Así entramos en la parte quita de este volumen, la parte en la que la inteligencia deja de ser entendida como simple información para convertirse en una herramienta de prevención desde el uso y necesidad de la contrainteligencia y la acción encubierta. Comenzando por la contrainteligencia, en el capítulo diecisiete Nigel West introduce al lector en el papel de los “desertores” en el uso de la inteligencia. Posteriormente Stan A. Taylor apunta de manera más que sobresaliente, con un título muy acertado, lo que se entiende por contrainteligencia desde el análisis de los fallos en la aplicación de la misma en Estados Unidos, con interesantes conclusiones. El análisis de la contrainteligencia se completa de forma magistral con las contribuciones de Mark Stout, y Kathryn S. Olmsted, quienes analizan la labor de las informaciones de los inmigrantes en labores de contrainteligencia y con la presentación de un estudio de caso respectivamente. La parte quinta se complementa con dos contribuciones, también muy ilustrativas del uso de la acción encubierta y su futuro, en sendos capítulos escritos magistralmente por William J. Daugherty y John Prados Respectivamente. Quizá esta parte del volumen sea la más fructífera y clarificadora del mismo y en este punto es necesario felicitar al editor por usar un método deductivo para guiar al lector y que sea este el que descubra por sí mismo lo que se entiende por inteligencia y las diferentes partes de la misma.

En conclusión, respetando la libertad de cada autor, Loch Johnson demuestra las carencias de los conceptos desde la propia clasificación realizada en el índice. Donde

¹⁰ *Ibid.*, 190.



analizando, deductivamente, y no de manera lineal vemos claramente como la intención del editor es presentar las fuentes de estudio de la inteligencia, las limitaciones y sus posibilidades, desde la evolución de la inteligencia moderna con el fin de entender la inteligencia como lo que es: información procesada relevante para la toma de decisiones, pero también como prevención ya que hace y seguirá haciendo uso de la acción encubierta y de la contrainteligencia. La última parte, la que ya no analizaremos de forma lineal presenta a modo de conclusión y de forma magnífica la consecuencia directa de la conceptualización de la inteligencia, la necesidad de supervisión de la misma. En sus contribuciones Mark Phythian, Hans Born y Thorsten Wetzling, Fred F. Manget y el propio Loch K. Johnson nos confirman que la inteligencia es lo que es nos guste o no y es necesaria; también en democracia. Por lo que si somos valientes y somos capaces de entender que hay en la cesta, podremos ser capaces de saber donde dejarla, que meter en ella y lo más importante para los estudios de inteligencia, analizar la cesta sin tocarla.